



NÚMERO EXTRAORDINARIO
NOVIEMBRE DE 1896.

ULTIMA MODA

NUMERO EXTRAORDINARIO.—Noviembre de 1896.



Sombrero «Leopoldina»

Ayuntamiento de Madrid

Concurso de La Última Moda en 1896.

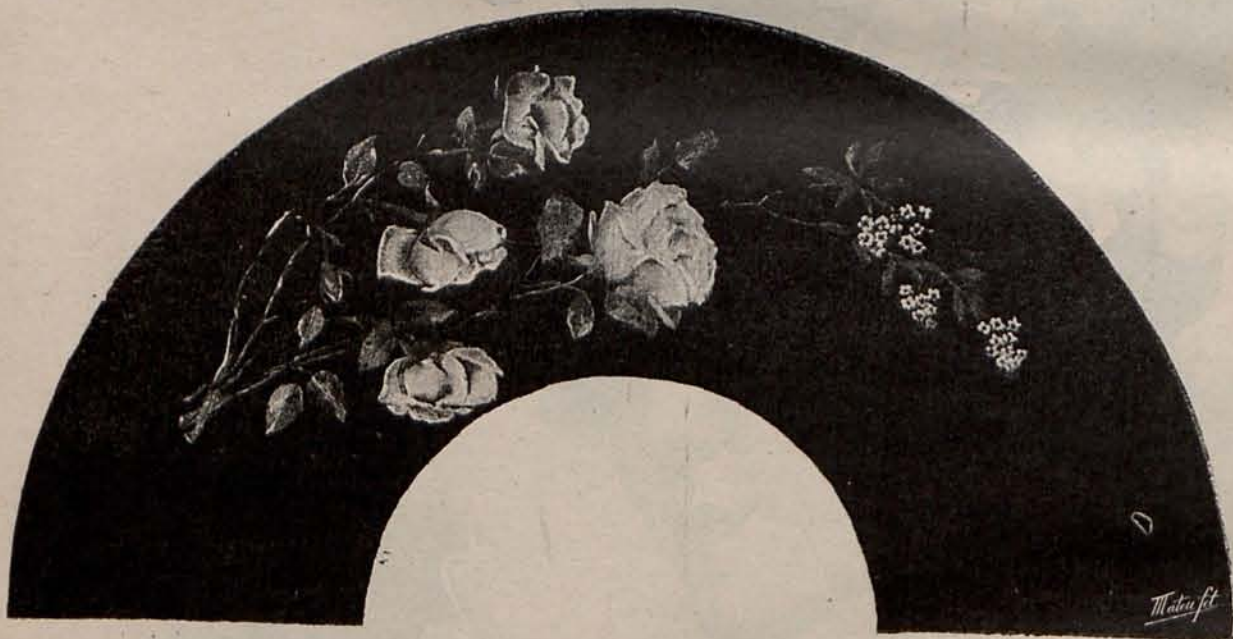
PAÍSES DE ABANICO PREMIADOS



Srta. D.ª Pilar Bermejo y Alvarez.



PREMIO I.º—Obtenido por la Srta. D.ª Pilar Bermejo y Alvarez, de Madrid.



PREMIO 2.º—Obtenido por la Srta. D.ª Concepción Ramos y Martín, de Madrid.



Srta. D.ª Concepción Ramos y Martín.



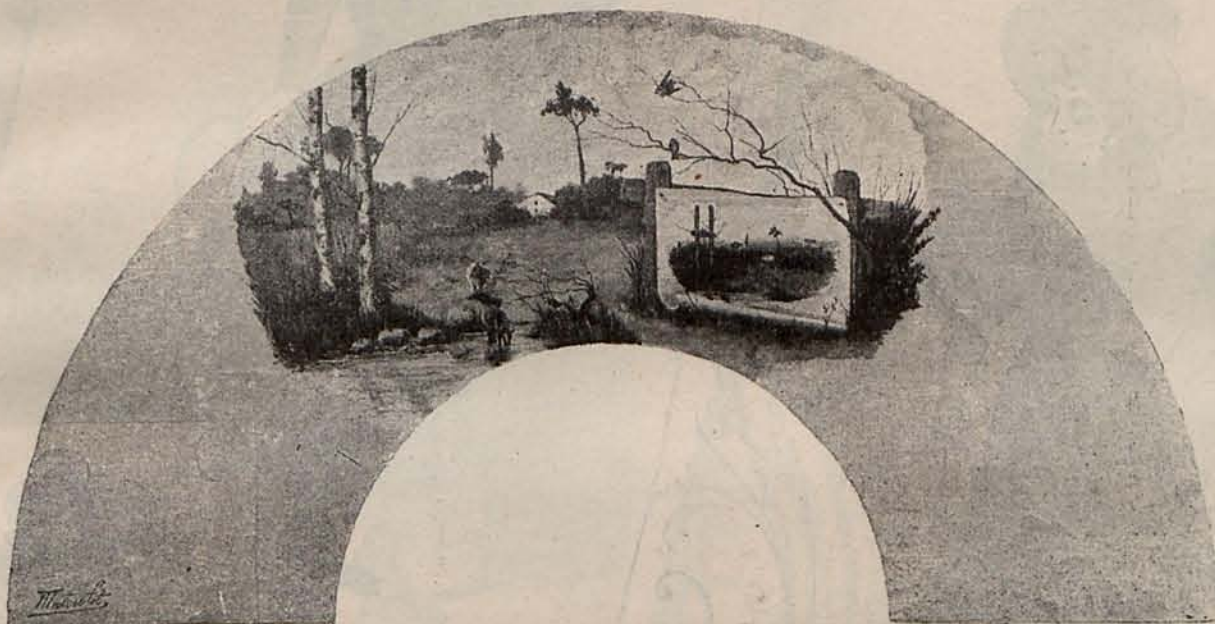
Srta. D.ª Rafaela Sánchez Aroca.



PREMIO 3.º—Obtenido por la Srta. D.ª Rafaela Sánchez Aroca, de Madrid.



ACCÉSIT 1.º—Obtenido por la Sra. D.^a Concepción Mesa de Pérez, de la Coruña.



ACCÉSIT 2.º—Obtenido por la Srta. D.^a María Luisa Moreno y López, de Cádiz.

FIGURINES DE ESTE NÚMERO

Sombrero «Leopoldina.»

Es de felpilla trenzada color mordorado. El ala, plana delante, se levanta ligeramente en los costados para dejar bajo ella al descubierto dos grupos de rosas. El adorno de la copa consiste en dos cintas de terciopelo negro, anudadas en la parte de detrás formando un alto lazo, un grupo de rosas, y cuatro plumas mordoradas, colocadas á modo de aureola, y cuyo pie se oculta con un segundo lazo de terciopelo negro.

Peinado y traje para teatro.

La ejecución del primero consta de tres detalles: 1.º Ondular el cabello en ondas poco acentuadas. 2.º Levantarlo en forma de aureola sobre la frente y sienes, reuniéndolo en el centro de detrás de la cabeza. 3.º Formar con el cabello reunido dos cocas huecas cruzadas, y dos bucles Luis XV, colocados respectivamente en la parte superior y el nacimiento de las cocas antes citadas.

El traje está confeccionado con seda brochada de tonos maíz y zafiro. Amplia falda, guarnecida en el bajo con un volante de crespón de seda maíz, cuya cabeza oculta una bonita greca de pasamanería de seda color zafiro, tramada de plata. Cuerpo-corsete, sostenido por fantásticas hombreras de pasamanería sobre una camiseta de crespón, prolongándose en rizados volantes que ocultan la parte superior de las mangas. Estas son ajustadas y terminan á la altura de la sangría. Abanico de pluma. Tela necesaria para el traje, 14 metros de seda brochada y 4 de crespón.—Precio del patrón: 3 pesetas.

Panorama de trajes para niñas y niños.

1.—Traje para colegial.

Es de «cheviotte» gris oscuro. Pantalón largo y blusa plegada á palas, cerrada en el lado izquierdo con botones de acero de pequeño tamaño. Mangas lisas, abotonadas en las bocamangas. Cinturón de cuero negro, con hebilla de acero.—Precio del patrón del traje: 2 pesetas.

2.—Chaqueta para niño de 5 á 7 años.

De terciopelo verde mirto, con espalda semi-entallada y delanteros rectos, cerrados por un solo botón dorado. Un estrecho cuello vuelto rodea el

escote. Mangas lisas.—Precio del patrón de la chaqueta: 1,50 pesetas.

3.—Traje para niña de 8 á 10 años.

De sarga beige. Falda semi-larga, con ancho jaretón respuntado. Cuerpo-plastrón, guarnecido con botoncillos de nácar. Los delanteros y la parte superior, están cubiertos casi por completo por un ancho cuello vuelto, prolongándose en dos fruncidos que terminan en el cinturón. Este cuello es de piel de seda crema, y luce botones de nácar semejantes á los del cuerpo. Mangas semi-huecas. Sombrero de terciopelo beige, adornado con un sencillo lazo de cinta de raso color marfil.—Precio del patrón del traje: 2 pesetas.

4.—Capelina para niña de 2 á 4 años.

La copa y los lazos que la adornan, son de terciopelo azul pálido; y el ala, rizada, es de muselina de seda crema, con cenefitas de relieve de terciopelo azul pálido.

5.—Traje para niña de 3 á 5 años.

De lanilla cuadriculada de tonos gris plata y rosa oscuro. Falda lisa y cuerpo blusa, adornado con un ancho cuello vuelto bordeado de encaje. Manguitas huecas. Cinturón de seda rosa. Sombrero de fieltro gris, adornado con plumas rosa.—Precio del patrón del traje: 2 pesetas.

6.—Traje para niña de 4 á 6 años.

Se compone de una falda plegada á palas y una blusa rusa abotonada en el lado izquierdo, ambas guarnecidas, lo mismo que el cuello y las bocamangas, con cenefas de terciopelo negro. Sombrero de felpilla trenzada, adornado con un doble lazo de cinta escocesa.—Precio del patrón del traje: 2 pesetas.

7.—Traje para niña de 9 á 11 años.

De paño azul eléctrico. Falda lisa y cuerpo blusa, con mangas semi-huecas. Tanto éstas como el cuerpo, lucen en calidad de adorno aplicaciones cónicas de terciopelo azul oscuro. Corbata-chorrera de muselina crema rizada mecánicamente.—Precio del patrón del traje: 2 pesetas.

8.—Traje para niña de 7 á 9 años.

De lana brochada de tonos coral y negro. Tanto la espalda como el delantero, son rectos y fruncidos, partiendo de un canesú de seda bordada. Sobre el cuerpo se coloca una chaquetita torera de terciopelo negro, formando solapas y hombreras puntiagudas. Mangas mitad de lana brochada y mitad de terciopelo.—Precio del patrón del traje: 2 pesetas.

9.—Traje para niño de 8 á 10 años.

De terciopelo marrón. Pantalón corto, ajustado bajo la rodilla por medio de elásticos interiores. Chaqueta recta, cerrada por botones de terciopelo y guarnecida con un cuello de seda otomana color pergamino, bajo el cual aparece un gracioso lazo de terciopelo. Mangas lisas, con carteras que hacen juego con el cuello.—Precio del patrón del traje: 2 pesetas.

10.—Traje para niña de 10 á 12 años.

La falda acanalada y el cuerpo corto que componen este traje, son de lana fantasía de tonos cobre y azul. El segundo está velado por una original camiseta de seda color salmón, que luce en sus contornos cenefas de terciopelo azul. Mangas ligeramente ahuecadas en las hombreras. Sombrero de fieltro bordado, color cobre, y copa abullonada de terciopelo azul, adornada con plumas matizadas.—Precio del patrón del traje: 2 pesetas.

11.—Traje para niña de 9 á 11 años.

De terciopelo ruso color pasa. Falda lisa y chaqueta recta cerrada por un solo botón perlado y adornada con un plastrón y un cuello «fichú» de paño color masilla, sembrado de bordados de «soutache» de seda del color del terciopelo. Mangas huecas. Sombrero de fieltro color masilla, sencillamente adornado con un doble lazo de terciopelo color pasa y dos alas de pluma negra.—Precio del patrón del traje: 2 pesetas.

12.—Traje para niña de 11 á 13 años.

De lana asargada verde gris. Falda lisa. Cuerpo corto, acentuadamente abierto sobre un plastrón de seda rosa oscuro, rodeado de solapas plegadas que parten de un ancho cuello vuelto. Plastrón, solapas, cuello y mangas, lucen ligeros motivos bordados con cordoncillo de seda verde gris. Sombrero de terciopelo verde gris, adornado con un gran lazo de lo mismo y un grupo de rosadas florecitas.—Precio del patrón del traje: 2 pesetas.

13.—Traje para niña de 5 á 7 años.

Está confeccionado con tisú cuadriculado de tonos grosella y verde bronce. La falda luce en el bajo una cenefa de grueso encaje irlandés, adorno que se reproduce en el cuerpo en forma de canesú. Las mangas, ajustadas en su mitad inferior, forman hombreras drapeadas en las que se prenden grandes lazos de terciopelo verde bronce.—Precio del patrón del traje: 2 pesetas.

14.—Traje para niña de 7 á 9 años.

De lana esponjosa azul porcelana. Falda lisa y cuerpo-blusa abierto sobre un puntiagudo plastrón. El adorno del cuerpo consiste en un ancho canesú y un cinturón de terciopelo azul oscuro. Mangas huecas. En torno de la hombrera aparecen dispuestos graciosos lazos de terciopelo azul.—Precio del patrón del traje: 2 pesetas.

15.—Polanas y capelina para niño de 6 meses á 1 año.

Las primeras son de lana blanca ejecutadas á punto de mitón, y la segunda de lana azul de dos tonos, adornada con escarapelas de cinta de raso del mismo color.

16.—Traje para niño de 5 á 7 años.

De terciopelo ruso labrado, color pizarra. Pantalón bombacho y larga blusa, entallada por un cinturón de cuero blanco y adornada con cordones de pasamanería cruzados sobre el pecho. Mangas lisas. Gorra de terciopelo liso color pizarra.—Precio del patrón del traje: 2 pesetas.

17.—Traje para niño de 6 á 8 años.

De vicuña gris. Pantalón corto y chaquetita semi-entallada, con delanteros sueltos sobre una blusa de seda coral, bordada en el escote con torzal negro y luciendo doble fila de botones de nácar. Mangas lisas. Gorra de paño gris, con cinta de seda coral.—Precio del patrón del traje: 2 pesetas.

18.—Traje para niña de 9 á 11 años.

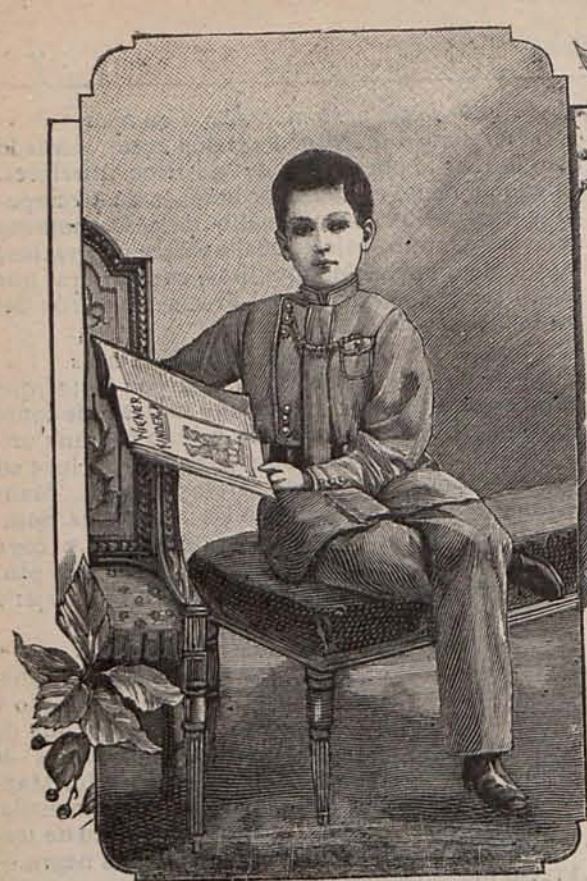
La falda es de lana beige claro, adornada con dos series de menudos pliegues. Cuerpo-blusa de seda brochada azul celeste, entallada por un corsete plegado, de terciopelo azul, que se cierra en el lado izquierdo con un gran lazo de lo mismo. Mangas de seda brochada.—Precio del patrón del traje: 2 pesetas.

19.—Traje para niño de 2 á 4 años.

Faldita plegada, de lana rayada de tonos rojo y azul. Blusa marinera de franela azul y cuello vuelto, plastrón y puños haciendo juego con la faldita.—Precio del patrón del traje: 2 pesetas.

20.—Traje para niña de 13 á 15 años.

Es de lana brochada de tonos reseda y rosa pálido. Falda acanalada, luciendo en calidad de adorno una ancha cenefa de astrakán negro. Cuerpo-blusa, bordeado de astrakán y escotado sobre un doble plastrón de piel de seda rosa pálido, listado por tres cenefas de astrakán. Mangas semi-huecas formando bocamangas puntiagudas.—Precio del patrón del traje: 2 pesetas.



Panorama de trajes para niños y niñas.



Peinados y trajes para teatro.

En el hotel contiguo al de las oficinas de LA ÚLTIMA MODA, reside la Legación de China en España; y tanto el Encargado de Negocios Sr. Ying Tsu-Sih, que es persona de superior inteligencia y afable trato, como los agregados, nos favorecen con su buena amistad. Uno de los últimos, el señor Tam-Pui-Shum, joven de clarísimo talento y vasta ilustración, es sumamente aficionado al idioma y á la literatura de nuestro país y emplea el tiempo que le dejan sus ocupaciones diplomáticas, en estudiar á fondo á nuestros poetas y prosistas, habiendo emprendido, entre otras, la tarea de hacer un *Diccionario chino-español*, que será de gran utilidad para los dos países.

No solamente habla con maestría el castellano, sino que lo escribe; y en prueba de ello, reproducimos á continuación un cuento que ha traducido del chino; cuento que pone de relieve, al mismo tiempo que lo candoroso de la literatura recreativa del Celeste Imperio, la facilidad y corrección con que nuestro estimado huésped escribe nuestro idioma.

FEA Y HERMOSA

CUENTO CHINO

LUN-LING era un hombre de bien, cuyas riquezas se iban acumulando como las nubes precursoras de la lluvia, obteniendo sin cesar el favor de los dioses. Pero su corazón abrigaba una pena que parecía incurable; pena que ha dado origen á este cuento, que lo mismo los sabios de Cantón, que los que se pasan la vida tomando el sol y fumando cigarrillos, se refieren unos á otros aderezando su narración con sabrosos comentarios.

La sombra de la Puerta Occidental de la ciudad de Cantón cubría la casa de Lun-Ling, que éste habitaba con su mujer y dos hijas, Pin y Tan. Pin, la mayor, contaba veintiun años y era tan fea que hasta los menos descontentadizos volvían la cabeza para no verla. La infeliz veía el mundo solamente por un ojo, su nariz se asemejaba á un higo chumbo y su cutis parecía una criba. Además era horriblemente gruesa y tan desmañada que ni aun peinarse sabía. Tal era Pin, causa de la pena de Lun-Ling. Pero si Pin parecía la tempestad, Tan era como las flores de la Primavera. Los diez y ocho años de su existencia habían sido una perpétua sonrisa; y cuando ella se reía, las amapolas bajaban sus pétalos avergonzadas porque no eran tan rojos como sus labios; y los lirios temblaban en el jardín, envidiosos porque no eran ni la mitad de blancos que los dientes de la joven. Sus ojos parecían violetas; y por eso, cuando arrancaba éstas flores de sus tallos, las víctimas se alegraban porque así estaban más cerca de sus compañeras.

Tales eran las dos hijas del rico Lun-Ling; y pensando nuestro hombre que la mayor debía casarse primero, pidió al dios de su familia que la deparase un ciego por esposo. Nadie que no lo fuera quería cargar con ella; nadie la miraría más que una vez, y éste pensamiento se convirtió para el pobre padre en tenaz pesadilla é inmensa tristeza.

—Más difícil que llegar al cielo—dijo un día hablando con su mujer—nos será casarla, pues parece una nube en una noche tempestuosa. He ofrecido un caudal al que pueda sufrir su presencia. He quemado muchos *jeun* en honor de los dioses para obtener lo que deseo; pero nada surte efecto. ¿Qué haremos de ella?

—No podemos hacer nada—contestó su mujer—pues los mismos dioses se niegan á amarla.

Lun-Ling habló después de Tan, y su pena se aumentó.

—Tanita—dijo—es hermosa como el sol y su talento es extraordinario; pero se niega á casarse con un hombre que no tenga más talento y esté mejor educado que ella. Es una perla y sabe tasar su propio valor.

La pena de la esposa era que sus dos descendientes fuesen hembras y que ningún varón hubiese venido á sostener el honor de la alcurnia; así es que contestó:

—Tan tiene ya bastante edad y debería casarse. Tú debes proceder según las circunstancias. Pon en la Plaza un cartel anunciando á los que quieran aspirar á su mano que vengan á nuestra casa á sufrir un examen. Que Tan sea juez y el que mejor la parezca será su esposo.

Al día siguiente se leía en los parajes públicos el siguiente anuncio:

«Yo soy Lun-Ling y habito cerca de la Puerta Occidental de Cantón. Tengo una hija de diez y ocho años de edad, bella y bien educada. Invito á los jóvenes, ricos ó pobres, que crean tener más talento que mi hija, á que vengan á contender con ella. Daré su mano al vencedor, agregando á mi consentimiento un dote de quince mil tael. El examen se verificará el día 7 del corriente. Bienvenidos serán todos los que acudan.»

En el día susodicho llegaron los competidores, y los salones estaban tan llenos que no bastaban para todos. En un extremo de una habitación se hallaba Tan sentada en una silla alta, para que la viera todo el mundo, y á su lado había una caja de bronce llena de monedas. El examen comenzó, y los candidatos sucumbieron ante el talento de la joven como flores tiernas por las heladas. Quedaba uno; un jovenzuelo pobre, de vestidos viejos y andrajosos, cuya pobreza era tanta que no tenía seda en su trenza; pero que por su talento igualaba á la heroína. Esta no sabía ya qué preguntarle, y le dijo por curiosidad:

—¿Por qué el agua de los manantiales hace tanto ruido en las

montañas cuando fluye hacia abajo?

—No es ruido, oh! belleza rarísima—contestó él acariciando el cordón de algodón de su trenza.—Es un canto que entona para alabar vuestra hermosura.

Tan se sonrió y el amante gozaba con su triunfo.

—¿Por qué los ratoncitos hacen sus cuevas en la tierra, en vez de vivir en los árboles como las ardillas?

—Porque prefieren estar en la tierra que pisan vuestros pies.

Tan volvió á sonreírse y quitándose una pulsera de jade de la muñeca, se la dió. Todo lo que él poseía era un abanico de papel, usado y roto, y correspondió regalándolo á la joven como promesa de desposorio.

Los sirvientes tocaron los címbalos y entonaron el himno nacional. Hubo gran regocijo en la casa y quedó fijado el día de la boda.

Tal felicidad había en el corazón de Lun-Ling, que al día siguiente llevó á su familia al cementerio en el monte de la Nube Blanca, para visitar la tumba de su padre. Y sucedió que Tin-Yung-Kon, hijo de un mandarin de alto rango y gran riqueza, fué también al cementerio aquél día. Era el hijo predilecto de su padre, y sus menores deseos veíanse inmediatamente cumplidos. La naturaleza en cambio no le había tratado bien, porque su cara era tan antipática como la del dios del trueno en el templo. No veía más que la mitad de lo que veían los demás seres; es decir, que era tuerto; tenía una pierna que chocaba continuamente con la otra, produciéndole una cojera, y sus dientes se extendían como las telas de araña en el techo de una casucha.

Desde que vió á Tan, la hija menor de Lun-Ling, su corazón se fué tras de ella, y dirigiéndose al padre le preguntó:

—¿Quiénes son esas damas?

—Una es mi esposa; las otras dos mis hijas.

—Me alegro, porque deseo pedirlos la mano de una de vuestras hijas.

—Podeis aspirar á la de la mayor—repuso Lun-Ling, mirando primero á la una y después á la otra.—La más pequeña ha fijado ya el día de su boda.

—A ella es á la que quiero, pues nunca he pensado tomar por esposa á un monstruo.

Y se promovió entre ambos una prolongada disputa, hasta que acudió gente, los aplacó, y Lun-Ling se fué á su casa con su familia.



Al día siguiente recibió Lun-Ling una carta de Tin-Yung-Kon, llena de amenazas. «Vuestra hija Tan debe ser mía—decía—y si no la obligáis á casarse conmigo, llevaré una cuadrilla de hombres á vuestra casa y me apoderaré de ella á viva fuerza. Soy rico y tengo influencia. Espero inmediate una respuesta categórica.»

Como Lun-Ling no le contestó, á la noche siguiente llegaron á su casa quince hombres vigorosos, conduciendo un palanquín. Tin-Yung-Kon los acaudillaba y penetró en la morada; pero no encontró á nadie hasta que al acercarse á una ventana en una de las últimas habitaciones, vió á una mujer cuyo rostro se hallaba cubierto por un tupido velo de seda ocultando por completo sus facciones. Tin hincó una rodilla ante ella y exclamó:

—Te amo, vida mía. Ven conmigo y serás la más feliz de todas las mujeres del Imperio.

La mujer procuró retirarse medrosamente; pero Tin la condujo al palanquín, y como un relámpago partieron los conductores del chinosco vehículo, no parando hasta llegar á casa del raptor.

Con mano temblorosa, como las hojas sacudidas por el viento otoñal, el amante sacó á la amada del palanquín.

—Angel encantador, no debes ocultar el rostro á tu esposo—la dijo con voz tan dulce que parecía la de una madre cariñosa dirigiéndose á su hijo; y al mismo tiempo separó el velo que cubría el rostro de la novia.

Al reconocer á Pin, fué grande su sorpresa; y después de mirarla iracundo con su ojo sano, de un empujón la arrojó al jardín. Toda la noche estuvo loco de rabia, mientras la pobrecilla permanecía sentada al raso temblando de miedo.

Ya hemos dicho que Tin-Yung-Kon, por su elevado nacimiento gozaba de gran influencia con las autoridades; y al amanecer, la familia de Lun-Ling fué arrestada. El juicio se celebró en el Juzgado, afortunadamente ante un Juez fiel y honrado, que escuchó imparcialmente todas las declaraciones. Después dijo á Tin:

—No habéis tenido derecho para robar á una mujer, y el castigo de ese delito es la muerte. Habéis deshonrado á esta jóven y ahora debéis casaros con ella. Llevaos á vuestra esposa—añadió señalando á la fea Pin.—Pero antes es preciso que se cumpla la ley, y la ley os condena á recibir cien latigazos.

Después de sufrida la pena corporal por el hijo del gran mandarín, el Juez le despidió reiterándole la obligación que tenía de casarse con la hija mayor de Lun-Ling.

Y el buen magistrado dijo á éste último:

—Señor Lun-Ling, vuestra hija Tan es demasiado hermosa para permanecer soltera y debe casarse antes de salir de éste Juzgado. Así podrán evitarse muchos disgustos.

El novio pobre fué llamado sin pérdida de tiempo, y aquel mismo día se celebró la boda.

Así las cosas, todavía dicen los murmuradores de Cantón que Lun-Ling fué un hombre muy listo, puesto que obligó á su deforme é incasable hija á sentarse cerca de la ventana para que la robasen... por equivocación.

TAM PUI SHUM.

(Agregado á la Legación China en España.)

¡HIJOS!

(Eterno poema.)

I

La bella jóven á su amante esposo dice con voz que la emoción delata:

—Quiero que me perdones, Pepe mío.

—¿Yo perdonarte, Elena? ¿Y por qué causa? ¿Qué culpa has cometido?

—Una terrible...

—Pues de todas absuelve quien bien ama, como yo te amo á tí.

—Pero y si grave é indigna de perdón fuera mi falta? Tengo un secreto para tí.

—¿Un secreto?

Me duele que no tengas confianza; pero, si te arrepientes...

—Me arrepiento;

y, aunque el rubor por ello me coarta, te lo quiero decir, que ya mi pecho no puede conservar tan dulce carga y mis ojos sin duda te denuncian la verdad que mis labios te callaban. Dentro de poco, en nuestro alegre nido habrá, Pepe querido, lo que hoy falta: algo que nuestro amor pregone al mundo...

—Una niña, verdad?... Sí, Elena, acaba: una niña que tenga tus virtudes, una niña trasunto de tus gracias.

—No, Pepe mío, un niño hermoso y fuerte, como tú, que heredero de tu raza y de tu nombre, sepa conservarlos con su conducta puros y sin mancha.

—No te obstines, yo quiero que sea niña, dulce cual lo eres tú, como tú casta, buena y caritativa y que te copie gentileza y bondad de cuerpo y alma.

—Un niño...

—No, una niña...

—¿Qué porfía!

Yo que en un niño tengo mi esperanza y mi ilusión...

—Pues bien: ya que lo quieres, cúmplase tu sentencia soberana y venga el chico... á condición, Elena, de que mi voluntad tan solo aplazas y de que habrá otra Elena chiquitita que alegre con sus risas esta casa.

Y el esposo y la esposa, confundidos en un abrazo que su amor retrata, guardan silencio, en tanto que otros mundos recorren anhelantes sus dos almas.

II

—Yo, que tanto soñé con una niña de melenitas rubias!... Pepe exclama. —También las tendrá el niño.

—No es posible: las de las niñas siempre son más largas y más rubias.

—O nó.

—Luego, á los chicos desde muy pronto es menester cortárselas. En fin ¡Cómo ha de ser! Y al peloncillo ¿Cómo le llamaremos, prenda amada?

—Pues, Pepe como tú.

—¿Qué desvío!

llamarle Pepe, cuando así se llaman mi barbero, el sereno de la calle, el portero y el mozo de la cuadra!

Ya que transijo en lo del sexo, al menos que tenga un nombre el chiquitín, no un *alias*.

¿Qué te parecen Luis, Arturo, Ernesto, Emilio, Escipión, Diego, Deogracias...?

—Jesús!

—Cómo, Jesús?

—Es que me admiro, cómo en una comedia.

—Ya! pensaba

que querías llamarle de esa suerte. —Pues sea Luis... como San Luis de Francia.

Ya ves, Pepe, que yo también transijo, aunque tu nombre me hace mucha gracia.

—Pues á mí no: recuerdo que hace noches y hallándome en el teatro de la Alhambra, un burlón que ocupaba el paraíso ¡Pepe! gritó; y volvimos á él la cara más de cien individuos que llevamos ese nombre vulgar del Patriarca.

Y alegres risas de los dos esposos aquella discusión dan por cerrada. Sobre ser un varón, ya tiene nombre y nombre novelesco lo que nazca.

III

—¿Estás contenta ya, querida Elena?

—Pues ¡no he de estarlo! Mis continuas ansias pasan á ser un hecho y desde ahora me figuro los gozes que me aguardan. Darle la vida con mi sangre propia; criarle á mis pechos; cultivar la planta; ir estudiando un día y otro día el despertar hermoso de su alma; enseñarle á leer; guiar su mano cuando emborrone las primeras planas; seguir sus correrías mientras juega; llevarle y recogerle al ir al aula; después, cuando termine su carrera de abogado...

—No, Elena, una palabra: Luis no será, entre miles de abogados, un doctor más sin pleitos y sin causas: Luis será militar.

—¿Qué horror!

—La gloria que ofrece la carrera de las armas le aguarda ya...

—¿Y los riesgos, los peligros, el espanto del campo de batalla, las privaciones, la epidemia alevé más peligrosa que las mismas balas? No será militar.

—Lo será, he dicho.

—No lo será...

—¿Y si el padre así lo manda?

—¡La madre lo prohíbe!

—¿Así lo tomas?

—El interés de mi hijo lo reclama... Digo que nó, y que nó... ¡Ya no me quieres cuando no te convencen mis palabras!

—Necio capricho...

—Cruel!

—Elena!

—Pepe!

Qué desgracia tan grande, Virgen santa!

—¿Lagrimitas ahora? Ten en cuenta que no han de convencerme ni me ablandan. Luis será militar, aunque te opongas.

—¿Nada supongo para mi hijo?

—¿Nada!

Y Elena, entre sollozos continuados se arroja en un diván, vertiendo lágrimas, mientras su esposo, por mostrar carácter, pasea á largos pasos por la estancia sin acudir á mitigar la pena de aquella madre, del amor esclava; sin añadir atenuación alguna á su postrer rudísima palabra.

IV

Un nuevo personaje entra en escena, de noble aspecto y marcha reposada y que extragos de edad, tal vez de luchas, va denunciando su cabeza blanca.

—¿Qué os ocurre?—pregunta—¿Qué contiendas han venido á turbar la paz preciada que siempre reinó aquí? ¿Guardais silencio? ¿Qué extraña obstinación! ¿No decís nada?

—Es que Elena...

—Es que Pepe...

—Hablad por orden

—Es que Pepe se empeña...

—Es que obstinada

quiere Elena...

—¿Que quieren uno y otra?

—Que Luis sea militar...

—Que Luis se haga

abogado...

—¿Qué Luis?... Pero, ya caigo:

á fin de darme la sospecha grata de que pensáis en ascenderme á abuelo empezais por reñir... ¿No es eso? ¡Vaya! No acibaréis el gusto de la nueva con esas controversias insensatas... ¿Y si en lugar de un Luis fuera una Luisa? ¿Y si, aún siendo muchacho el que te aguarda, no quiere defender pleitos civiles ni entrar al ejercicio de las armas, sino pintar ó fabricar comedias ó cantar misa ó componer romanzas? Además, Luis podrá ser abogado y servir al ejército ó la armada... en el cuerpo jurídico, reuniendo las carreras que tanto os entusiasman. Para dictar sentencia en vuestro pleito un factor esencial sólo nos falta, la opinión del muchacho... mientras ésta no se conozca de manera clara, quede todo en suspenso y un abrazo selle la paz tan sin razón turbada. ¡Ay! Motivos sobrados en la vida tendréis de padecer, sin que se añadan á los mismos, inútiles disgustos que de una nimia obstinación arrancan. Esto os enseñará lo que son hijos y la preocupación que siempre causan: aún antes de nacer nos atormentan; después ¡ya ireis sabiendo lo que pasa!

M. OSSORIO Y BERNARD.



Infortunio y consuelo.

Vedla llorando ante el cadáver yerto
de su madre adorada...
Ya para tí la tierra es un desierto,
¡niña desventurada!
Daba á tu vida con su amor profundo
la luz y la alegría.
¡Quién, pobre niña, te querrá en el mundo
como ella te quería!
Hoy este globo misero no encierra
dicha que á tu alma cuadre:
la bendición de Dios es en la tierra
el amor de una madre.
Pero ese Dios que tabla da segura
al náufrago en los mares,
claras estrellas á la noche oscura
y alivio á los pesares,
al hombre dió desde su excelsa cumbre,
cual prenda soberana,
rayo inmortal de la celeste lumbre
la *caridad cristiana*!...
Y hoy, por sanar la herida lastimera
que abrió la muerte impía,
de la bondad del cielo mensajera
á otra virgen envía.
Vive entre mármol y entre sedas y oro:
la opulencia y la calma
con ella van; pero mayor tesoro
lleva dentro del alma.
Lleva la luz de caridad ardiente
que el alma diviniza,

y un reflejo de amor sobre su frente
que el corazón hechiza...
Al mirar á la niña sin ventura
quiso enjugar su llanto,
y amparar la orfandad de su alma pura
bajo el divino manto;
y de sus labios fúlgidos salían
palabras de consuelo,
con un acento que envidiar podrían
los ángeles del cielo.
«Ven conmigo, le dice: Dios te escuda
contra el rigor del hado:
al triste que le implora siempre ayuda:
Dios ama al desgraciado.»
«Del árbol de tu vida roto y seco
hará brotar las flores,
ver que otro corazón palpita al eco
de tus propios dolores.»
«¡Ven! Dios, que al pajarillo da sustento,
da al infortunio abrigo:
mi pan, mi hogar, mi pena y mi contento
yo partiré contigo.»
«Yo haré de tu existencia menos triste
la fúnebre mañana:
no puedo ser la madre que perdiste...
pero seré tu hermana.»

EL MARQUÉS DE VALMAR.

Estudios fisiognómicos.

En una de sus crónicas habló hace poco Blanca Valmont á las lectoras de la teoría de un célebre dentista, que pretendía, con solo examinar la boca de una persona, conocer su carácter y penetrar hasta en los más oscuros rinconcitos de su conciencia.

Esta original y curiosa afirmación preocupó un poco á las gentes desocupadas; y con tan plausible motivo se habló mucho en salones y gabinetes de la llamada ciencia fisiognómica, desenterrando las teorías del famoso Lavater, y aderezándolas con las extravagancias y puerilidades de los adivinos, quirománticos y demás cultivadores ó explotadores de las debilidades humanas.

El insigne Lavater, tan conocedor de la naturaleza del hombre por el exterior del mismo, investigador del alma por el cuerpo, por decirlo así, fijó determinadas reglas que merecen ser conocidas para interpretar y traducir la parte moral del individuo por sus facciones. Acaso demasiado absoluto en sus deducciones, llegaba á conceder decisiva importancia á la forma de la nariz, por ejemplo; asegurando que no confiaría ninguna misión importante á una persona sin haber hecho previamente un detenido estudio de su nariz.

La nueva ciencia fisiognómica se ha apoderado, como dejo dicho, de las doctrinas de Lavater; pero ampliéndolas extraordinaria y empíricamente y dándoles el carácter de un sistema.

Desde luego, considera que hay ocho tipos ideales y cada uno de ellos con doble aspecto: el dichoso y el desgraciado. Como en la vida todo es complejo, sería inútil buscar estos tipos bien definidos en la realidad del mundo, pues en un solo individuo se confunden á veces dos, tres ó cuatro de estos tipos. Añádanse á estos primeros datos, que hay cinco formas geométricas de rostros, y que cada una de ellas indica caracteres generales, así como cada una de las facciones demuestra un rasgo particular de carácter y se tendrán por sabidos los principales fundamentos de la nueva ciencia.

El método de estudio, para el que quiera y pueda entretener el tiempo, estriba, pues, en observar á una persona en su conjunto hasta conocer el tipo dominante en ella; investigar los demás tipos que se combinan con él; determinar la forma del rostro, y analizar cada una de sus facciones.

Como este estudio completo es ajeno á mi propósito, me limitaré á determinar los caracteres generales de la persona, según la forma del rostro, dando á las amables lectoras medio fácil y gratuito de conocer á las personas á quienes tratan y deducir de esta observación sus méritos y sus defectos.

He indicado que son cinco las formas del semblante. La casi cuadrada, denota que toda la actividad del individuo se cifra en las cosas positivas y prácticas, en los intereses materiales de la vida. Aunque obediente á la cabeza más que al corazón, sus pasiones serán fuertes, resueltas y tenaces. Con semejante forma de rostro es seguro que no han de faltar en su carácter dureza, energía y obstinación; que concederá muy poco al sentimentalismo y tendrá positivamente propensión á la avaricia y acaso al estudio de las ciencias exactas.

El rostro redondo, expresa iniciativa, actividad, vanidad, sensualismo, acaso cólera y carencia de sangre fría y de perseverancia; tipo que, á juzgar por los defectos apuntados, debe abundar mucho en el mundo.

El rostro ovalado expresa movilidad, impresionabilidad, capricho, imaginación insaciable, debilidad de carácter, timidez, inconstancia; y aunque parezca contradictorio, obstinación. La falta absoluta de orden completa semejante carácter.

El tipo triangular es indicio de extravagancia y rareza, de incompatibilidad con todo lo que sea disciplina, de carácter agresivo, burlón é irritable.

El rostro de forma cónica determina suficiencia, amor propio, gran inteligencia, holgazanería y egoísmo; condiciones, como se vé, poco lisonjeras para el individuo.

Para apreciar la forma del rostro, es necesario observarle de frente; pero los contornos y perfiles no carecen tampoco de importancia. Los contornos redondos demuestran benevolencia, dulzura, indecisión; los de protuberancias marcadas, precipitación, petulancia, cólera; los contornos angulosos, astucia, disimulo; los contornos indecisos, naturaleza apática y perezosa.

Los datos anteriores, aunque expuestos superficialmente, bastan para que las lectoras puedan apreciar á primera vista el carácter y las cualidades ó defectos de las personas que frecuentan su trato; pero no deben olvidarse de profundizar más el estudio de la frente, las cejas, los ojos... aun cuando el más esencial y decisivo de todos es, como queda indicado, el de la nariz, facción reveladora por sí sola, desde Lavater hasta nuestros días, de lo que es la persona que la posee.

Un aficionado á esta clase de estudios, establece los siguientes principios, que parecen plenamente comprobados por larga práctica.

Si la nariz se inclina hacia la boca, es signo de insensibilidad y de melancolía; una nariz sin líneas expresivas, podrá revelar á una buena persona; pero nunca indicará una persona superior; una nariz remangada, con depresión muy marcada en su nacimiento, deja suponer astucia, talento, probidad, etc.; porque si no me detuviera sería interminable éste artículo.

La fisiognomía, á pesar de su empirismo, puede producir no pocos resultados beneficiosos para la vida, siendo guía de la conducta que debemos observar con nuestros interlocutores y evitando desde luego los peligros de las incompatibilidades. No sería prudente, por ejemplo, que quien tiene una frente espaciosa y una cabeza ovalada, intimase mucho con una persona cuya cabeza sea redonda como una bola. No hay que fiar sin embargo con exceso en las verdades y axiomas de la nueva ciencia, ni prestarse ciegamente á seguirla; pues en ocasiones suele existir el más completo desacuerdo entre bellezas del cuerpo y fealdades del alma ó viceversa, siendo lo más prudente juzgar á las personas por sus actos, y no asignarles precipitadamente cualidades morales por que tengan la frente más ó menos aplastada y más ó menos prominente la nariz.

La fisiognomía debe á lo sumo quedar reducida á la categoría de estudio curioso, distracción inocente y elemento auxiliar, para conocer á las personas. Pero de todos modos, lo más eficaz para penetrar en el fondo de los seres humanos á quienes tratamos por gusto ó por obligación, es tratarlos y atenderlos á la experiencia que nos proporcionen sus antecedentes y los actos de su vida.

DANIEL GARCÍA.

LABORES ARTISTICAS DE LA ULTIMA MODA



Mantelillo para aparador.